

SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
(CURA DE ARS)

SERMONES ESCOGIDOS

TOMO III

VERSION DE
RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS
Catedrático del Seminario de Gerona

Serie
Grandes Maestros
N.º 15

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

TOMO III: 978-84-7693-203-2

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.757-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

DOMINGO NOVENO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LAS LÁGRIMAS DE JESUCRISTO

Videns Iesus civitatem, flevit super illam.

Jesús, al ver la ciudad, lloró sobre ella.

(S. Lucas, XIX, 41.)

Al entrar Jesucristo en la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella, diciendo: «Si conocieses, al menos, las gracias que vengo a ofrecerte y quisieses aprovecharte de ellas, podrías recibir aún el perdón; mas no, tu ceguera ha llegado a un tal exceso, que todas estas gracias sólo van a servirte para endurecerte y precipitar tu desgracia; has asesinado a los profetas y dado muerte a los hijos de Dios; ahora vas a poner el colmo en aquellos crímenes dando muerte al mismo Hijo de Dios». Ved, H. M., lo que hacía derramar tan abundantes lágrimas a Jesucristo al acercarse a la ciudad. ¡Ay! en medio de aquellas abominaciones, presentía la pérdida de muchas almas incomparablemente más culpables que los judíos, ya que iban a ser mucho más favorecidas que ellos lo fueron en cuanto a gracias espirituales. ¡Ay! H. M., lo que más vivamente le conmovió fué que, a pesar de los méritos de su pasión y muerte, con los cuales se podrían rescatar mil mundos mucho mayores que el que habitamos, la mayor parte de los hombres iban a perderse. Sí, H. M., Jesús veía ya de antemano a todos los que en los siglos veni-

deros despreciarían sus gracias, o sólo se servirían de ellas para su desdicha. ¡Ay! H. M., ¿quién, de los que aspiran a conservar su alma digna del cielo, no temblará al considerar esto? ¡Ay! ¿seremos por ventura del número de aquellos infelices? ¿se refería a nosotros Jesucristo, cuando dijo llorando: «¡Ah! si mi muerte y mi sangre no sirven para vuestra salvación, a lo menos ellas encenderán la ira de mi Padre, que caerá sobre vosotros por toda una eternidad»? ¡Un Dios vendido!... ¡un alma reprobada!... ¡un cielo rechazado!... ¿Será posible que nos mostremos insensibles a tanta desdicha?... ¿Será posible que, a pesar de cuanto ha hecho Jesucristo para salvar nuestras almas, nos mostremos nosotros tan indiferentes ante el peligro de perderlas?... Para sacaros de una tal insensibilidad, H. M., voy a mostraros: 1.º lo que sea un alma; 2.º lo que ella cuesta a Jesucristo; y 3.º lo que hace el demonio para perderla.

I. — ¡Ah! H. M., si acertáramos a conocer el valor de nuestra alma, ¿con qué cuidado la conservaríamos? ¡Ay! ¡jamás lo comprenderemos bastante! Querer mostraros, H. M., el gran valor de un alma, es imposible a un mortal; sólo Dios conoce todas las bellezas y perfecciones con que ha adornado a un alma. Únicamente os diré que todo cuanto ha creado Dios: el cielo, la tierra y todo lo que contienen, todas esas maravillas han sido creadas para el alma. El catecismo nos da la mejor prueba posible de la grandeza de nuestra alma. Cuando preguntamos a un niño: ¿qué quiere decir que el alma humana ha sido creada a imagen de Dios? Esto significa, responde el niño, que el alma, como Dios, tiene la facultad de conocer, amar, y determinarse libremente en todas sus acciones. Ved aquí, H. M., el mayor elogio de las cualidades con que Dios ha hermoseado nuestra alma, creada por las tres Per-

sonas de la Santísima Trinidad, a su imagen y semejanza. Un espíritu, como Dios, eterno en lo futuro, capaz, en cuanto es posible a una criatura, de conocer todas las bellezas y perfecciones de Dios; un alma que es objeto de las complacencias de las tres divinas Personas; un alma que puede glorificar a Dios en todas sus acciones; un alma, cuya ocupación toda será cantar las alabanzas de Dios durante la eternidad; un alma que aparecerá radiante con la felicidad que del mismo Dios procede; un alma cuyas acciones son tan libres que puede dar su amistad o su amor a quien le plazca: puede amar a Dios o dejar de amarle; mas, si tiene la dicha de dirigir su amor hacia Dios, ya no es ella quien obedece a Dios, sino el mismo Dios quien parece complacerse en hacer la voluntad de aquella alma (1). Y hasta podríamos afirmar que, desde el principio del mundo, no hallaremos una sola alma que, habiéndose entregado a Dios sin reserva, Dios le haya denegado nada de lo que ella deseaba. Vemos que Dios nos ha creado infundiéndonos unos deseos tales, que, de lo terreno, nada hay capaz de satisfacerlos. Ofreced a un alma todas las riquezas y todos los tesoros del mundo, y aun no quedará contenta; habiéndola creado Dios para El, sólo El es capaz de llenar sus insaciables deseos. Sí, H. M., nuestra alma puede amar a Dios, y ello constituye la mayor de todas las dichas. Amándole, tenemos todos los bienes y placeres que podamos desear en la tierra y en el cielo (2). Además, podemos servirle, es decir, glorificarle en cada uno de los actos de nuestra vida. No hay nada, por insignificante que sea, en que no quede Dios glorificado, si lo hacemos con objeto de agradarle. Nuestra ocupación, mientras estamos en la tierra, en nada difiere de la

(1) *Voluntatem timentium se faciet* (Ps. CXLIV, 19).

(2) *Quid enim mihi est in caelo; et a te quid volui super terram?* (Ps. LXXII, 25).

de los ángeles que están en el cielo : la sola diferencia está en que nosotros vemos todos los bienes divinales solamente con los ojos de la fe.

Es tan noble nuestra alma, desde su nacimiento está dotada de tan bellas cualidades, que Dios no la ha querido confiar más que a un príncipe de la corte celestial. Nuestra alma es tan preciosa a los ojos del mismo Dios, que, a pesar de toda su sabiduría, no halló el Señor otro alimento digno de ella que su adorable Cuerpo, del cual quiere hacer su pan cotidiano ; ni otra bebida digna de ella que la Sangre preciosa de Jesús. «Sí, H. M., tenemos un alma a la cual Dios ama tanto, nos dice San Ambrosio, que, aunque fuese sola en el mundo, Dios no habría creído hacer demasiado muriendo por ella ; y aun cuando Dios, al crearla, no hubiese hecho también el cielo, habría creado un cielo para ella sola», como manifestó un día a Santa Teresa. «Me eres tan agradable, le dijo Jesucristo, que, aunque no existiese el cielo, crearía uno para ti sola». «¡ Oh, cuerpo mío, exclama San Bernardo, cuán dichoso eres al albergar un alma adornada con tan bellas cualidades ! ¡ Todo un Dios, con ser infinito, hace de ella el objeto de todas sus complacencias ! » Sí, H. M., nuestra alma está destinada a pasar su eternidad en el mismo seno de Dios. Digámoslo de una vez, H. M. : nuestra alma es algo tan grande, que sólo Dios la excede. Un día Dios permitió a Santa Catalina ver un alma. La Santa hallóla tan hermosa que prorrumpió en estas exclamaciones : «Oh, Dios mío, si la fe no me enseñase que existe un solo Dios, pensaría que es una divinidad ; ¡ no, ya no me extraña, Dios mío, ya no me admira que hayáis muerto por un alma tan bella ! »

Sí, H. M., nuestra alma en el porvenir será eterna como el mismo Dios. No vayamos más lejos, H. M. ; uno se pierde en este abismo de grandeza. Atendiendo únicamente a esto, H. M., os invito a pensar si debe-

remos admirarnos de que Dios, perfecto conocedor de su mérito, llorase tan amargamente la pérdida de un alma. Y podéis considerar también cuál habrá de ser nuestra diligencia por conservar todas sus bellezas. ¡Ay! H. M., es tan sensible Dios a la pérdida de un alma, que la lloró antes que tuviese ojos para derramar lágrimas; valiéndose de los ojos de sus profetas para llorar la pérdida de nuestras almas. Bien manifiesto lo hallamos en el profeta Amós. «Habiéndome retirado a la obscuridad, nos dice aquel profeta, considerando la espantosa multitud de crímenes que el pueblo de Dios cometía cada día, viendo que la cólera de Dios estaba a punto de caer sobre él y que el infierno abría sus fauces para tragárselo, los congregué a todos, y temblando de pavor, les dije, en medio de amargas lágrimas: ¡Oh, hijos míos! ¿sabéis en qué me ocupo noche y día? ¡Ay! me estoy representando vivamente vuestros pecados, en medio de la mayor amargura de mi corazón. Si por fuerza... rendido por la fatiga, llego a adormecerme, al punto vuelvo a despertar sobresaltado, exclamando, con los ojos bañados en lágrimas y el corazón partido de dolor: Dios mío, Dios mío, ¿habrá en Israel algunas almas que no os ofendan? Cuando esta triste y deplorable idea llena mi imaginación, expreso al Señor mis sentimientos, y gimiendo amargamente en su santa presencia, le digo: Dios mío, ¿qué medio hallaré para obtener el perdón de ese pueblo infeliz? Oíd lo que me ha contestado el Señor: Profeta, si quieres alcanzar el perdón de ese pueblo ingrato, ve, corre por las calles y las plazas; haz resonar en ellas los más amargos llantos y gemidos; entra en las tiendas de los comerciantes y artesanos; llégate hasta los lugares donde se administra justicia; sube a la cámara de los grandes y entra en el gabinete de los jueces; di a todos cuantos hallares dentro y fuera de la ciudad: «¡Infelices de vosotros! ¡ah! ¡infelices de

vosotros, que pecasteis contra el Señor!» Aun no hay bastante con esto; buscarás el auxilio de cuantos sean capaces de llorar, para que unan sus lágrimas a las tuyas; sean vuestros gritos y gemidos tan espantosos que llenen de consternación los corazones de los que os oigan, para que así abandonen el pecado y lo lloren hasta la sepultura, y con esto comprendan cuánto me duele la pérdida de sus almas».

El profeta Jeremías, H. M., va aún más lejos. Para mostrarnos cuán sensible sea a Dios la pérdida de un alma, ved lo que nos habla en un momento en que se halla arrebatado por el espíritu del Señor: «¡Ah, Dios mío! ¡ah, Dios mío! ¿qué va a ser de mí? me habéis encargado la vigilancia de un pueblo rebelde, de una nación ingrata, que no quiere escucharos, ni someterse a vuestros preceptos; ¡ay! ¿qué haré? ¿qué partido tomaré? Ved lo que me ha contestado el Señor: «Para manifestarles cuán sensiblemente conmovido me hallo por la pérdida de sus almas, toma tus cabellos, arráncales de tu cabeza, arrójalos lejos de ti, por haberme el pecado de ese pueblo forzado a abandonarle, por haber entrado ya mi furor en el interior de sus almas». Cuando la cólera del Señor está inflamada por el pecado que anida en nuestro corazón, sobreviene entonces la peor y más terrible enfermedad. «Pero, Señor, le dijo el Profeta, ¿qué podré hacer para desviar de vuestro pueblo las miradas de vuestra ira?—Toma un saco por vestido, dijo el Señor, cubre de ceniza tu cabeza, y llora sin cesar y tan copiosamente, que tu rostro quede bañado en lágrimas; llora amargamente, hasta que los pecados queden anegados en llanto» (1). ¿Veis, H. M., cuán sensible sea a Dios la pérdida de nuestras almas? Por lo dicho os podéis hacer cargo de la desventura que representa perder un alma a quien Dios ama tanto, cuan-

(1) Ier., VII, 29.

do, no teniendo aún ojos corpóreos para llorar su desgracia, pide prestados los de sus profetas. Nos dice el Señor por su profeta Joel : «Llorad la pérdida de las almas, como un joven esposo llora la de su esposa, en quien veía cifrada toda su dicha y todo su consuelo !» (1).

Nos dice San Bernardo que hay tres cosas capaces de hacernos llorar ; mas sólo una es capaz de hacer meritorias nuestras lágrimas, a saber, llorar nuestros pecados o los de nuestros hermanos ; todo lo demás son lágrimas profanas, criminales, o a lo menos, infructuosas. Llorar la pérdida de un pleito injusto, o la muerte de un hijo : lágrimas inútiles. Llorar por vernos privados de un placer carnal : lágrimas criminales. Llorar por causa de una larga enfermedad : lágrimas infructuosas e inútiles. Pero llorar la muerte espiritual del alma, el alejamiento de Dios, la pérdida del cielo : «¡oh, lágrimas preciosas, nos dice aquel gran Santo, mas cuán raras sois !» Y ¿por qué esto, H. M., sino porque no sentís la magnitud de vuestra desgracia, para el tiempo y para la eternidad ?

¡ Ay ! H. M., es el temor de aquella pérdida lo que ha despoblado el mundo para llenar los desiertos y los monasterios de tantos cristianos penitentes ; los tales comprendieron mucho mejor que nosotros que, al perder el alma, todo está perdido, y que ella debía de ser muy preciosa cuando el mismo Dios hacía de la misma tanta estima. Sí, H. M., los santos aceptaron tantos sufrimientos, a fin de conservar su alma digna del cielo. La historia nos ofrece de ello innumerables ejemplos ; voy a recordar aquí uno, H. M. ; si no tenemos el valor de imitarlo, a lo menos podremos bendecir a Dios admirándolo.

(1) Joel, I, 8.

Vemos en la vida de San Juan Calybita (1), hijo de Constantinopla, que este Santo desde su infancia comenzó a comprender la nada de las cosas humanas y a sentir el gusto de la soledad. Un religioso de un monasterio vecino, de paso en Constantinopla para ir como peregrino a Jerusalén, alojóse en casa de los padres de aquel santo niño, los cuales recibían siempre con gran placer a los peregrinos. El niño le preguntó qué clase de vida se llevaba en su monasterio. Al narrarle la vida santa y penitente de los religiosos, el gozo de que allí disfrutaban, apartados del mundo para mantener comercio sólo con Dios, recibió tan grata impresión y concibió tan fuerte deseo de dejar el mundo para ir a participar de aquella felicidad, que no le satisfizo ya jamás la compañía de los hombres. Dijo a sus padres que no pensasen en acomodarle en medio del mundo, puesto que Dios le llamaba para terminar sus días en el retiro. Sus padres procuraron hacerle cambiar de propósito; mas todo fué inútil; por toda herencia les pidió el libro de los Santos Evangelios, el cual retuvo y guardó como un gran tesoro. Para librarse de las insistentes solicitaciones de sus padres y para entregarse todo entero a Dios, abandonó su casa, y se fué a llamar a la puerta de un monasterio, donde pidió ser admitido. Sus padres le hicieron buscar por todas partes. Al ver que resultaban inútiles sus pesquisas, se abandonaron al más amargo llanto. El santo joven pasó seis años en aquel retiro practicando toda suerte de virtudes y entregándose a las penitencias que el amor de Dios le inspiraba. Pasado algún tiempo se le ocurrió la idea de ir a ver a sus padres, esperando que Dios le concedería la misma gracia que a San Alejo, quien estuvo veinte años en su casa sin que nadie le conociese.

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. IX, p. 279.

En cuanto hubo salido del monasterio, halló a un pobre, con el cual trocó su hábito, a fin de evitar toda posibilidad de ser reconocido; por otra parte, sus grandes austeridades y una grave enfermedad que había sufrido, le habían desfigurado por completo. Cuando, a lo lejos, divisó la casa de sus padres, cayó de hinojos pidiendo a Dios que no le abandonase en su empresa. Llegó de noche, y hallando cerrada la puerta, pasó toda la noche junto a ella. Al día siguiente los criados le encontraron allí y, compadeciéndose de su miseria, le permitieron entrar en una pequeña habitación para que permaneciese en ella. Sólo Dios sabe lo que hubo de sufrir viendo a sus padres, los cuales a todas horas pasaban delante de él, llorando amargamente la pérdida del hijo que constituía todo su consuelo. Su padre, que era muy caritativo, le enviaba frecuentemente algo con que alimentarse. Mas su madre no podía acercársele sin que su corazón se resistiese, tanta era la repugnancia que aquel pobre le inspiraba. A no ser la caridad que la llevaba a vencer aquella repugnancia, le habría echado de su casa. Siempre sumida en la mayor tristeza, siempre derramando amargas lágrimas, y todo ello delante de aquel que no podía permanecer insensible a lo que constituía el mayor tormento de su madre...

El Santo pasó tres años en aquella morada, dedicado únicamente a la oración y al ayuno que observaba con gran rigor; continuamente las lágrimas bañaban su rostro. Cuando Dios le dió a entender que había llegado su fin, rogó al mayordomo de la casa que hiciese de manera que la señora fuese a verle, pues tenía vivos deseos de hablar con ella. Al recibir el recado, por más que estuviese acostumbrada a visitar enfermos, se mostró bastante contrariada; le daba tanta repugnancia visitar a éste, que tuvo que hacerse grande violencia para llegar hasta la puerta de la habitación donde se albergaba el pobre. El moribundo le agradeció viva-

mente los cuidados que se había tomado por un miserable desconocido, y le aseguró que rogaría mucho a Dios por ella, a fin de que le recompensase cuanto había hecho en su favor. Le suplicó, además, que cuidase de su sepultura. Después que ella se lo hubo así prometido, le hizo presente del libro de los Santos Evangelios, el cual estaba muy bien encuadernado. Quedó ella muy sorprendida al ver que un pobre poseía un libro tan bien encuadernado ; entonces se acordó del que en otro tiempo había dado al hijo cuya pérdida le costara tantas lágrimas. Aquel recuerdo renovó su dolor, y la hizo llorar muy afligida. Aquellos suspiros y lágrimas llamaron la atención del padre, el cual acudió allí para conocer la causa, y habiendo examinado con alguna detención el libro, reconoció ser el mismo que había entregado a su hijo. Entonces preguntó al moribundo qué había sido de su hijo. El santo, a quien sólo le quedaba un soplo de vida, le respondió suspirando y con lágrimas en los ojos : «Este libro es el que me disteis hace diez años ; yo soy el hijo a quien tanto habéis buscado y por quien habéis derramado tantas lágrimas». A estas palabras, quedaron todos estupefactos, al ver que desde tanto tiempo tenían junto a sí al que tan lejos habían buscado ; la emoción que experimentaron era para quitarles la vida. Pero en el mismo momento en que le estrechaban amorosamente en sus brazos, levantó sus manos y sus ojos al cielo y entregó a Dios su hermosa alma, por la conservación de cuya inocencia hizo tantos sacrificios, tantas penitencias, y tantas lágrimas derramó... Ante este ejemplo, H. M., podemos muy bien decir : aquel cristiano tuvo la dicha de conocer la grandeza de su alma, y los cuidados que ella merecía. Aquí tenéis, H. M., un cristiano que glorificó a Dios en todos los actos de su vida ; aquí tenéis un alma que ahora está radiante de gloria en el cielo, donde bendice a Dios por haberle hecho la gracia de vencer el mundo, la carne y la san-

gre. ¡ Oh ! ¡ cuán dichosa es, aun a los ojos del mundo, una muerte semejante !

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que, para conocer el precio de nuestra alma, no tenemos más que considerar lo que Jesucristo hizo por ella. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá jamás comprender cuánto ama Dios a nuestra alma, pues ha hecho por ella todo cuanto es posible a un Dios para procurar la felicidad de una criatura ? (1). Para sentirse más obligado a amarla, la quiso crear a su imagen y semejanza ; a fin de que, contemplándola, se contemplase a sí mismo. Por eso vemos que da a nuestra alma los nombres más tiernos y más capaces de mostrar el amor hasta el exceso. La llama su hija, su hermana, su amada, su esposa, su única, su paloma (2). Mas no está aun todo aquí : el amor se manifiesta mejor con actos que con palabras. Mirad su diligencia en bajar del cielo para tomar un cuerpo semejante al nuestro ; desposándose con nuestra naturaleza, se ha desposado con todas nuestras miserias, excepto el pecado ; o mejor, ha querido cargar sobre sí toda la justicia que su Padre pedía de nosotros. Mirad su anonadamiento en el misterio de la Encarnación ; mirad su pobreza : por nosotros nace en un establo ; contemplad las lágrimas que sobre aquellas pajas derrama, llorando de antemano nuestros pecados ; mirad la sangre que sale de sus venas bajo el cuchillo de la circuncisión ; vedle huyendo a Egipto como un criminal ; mirad su humildad, y su sumisión a sus padres ; miradle en el jardín de los Olivos, gimiendo, orando y derramando lágrimas de sangre ; miradle preso, atado y agarrotado, arrojado en tierra, maltratado con los pies

(1) Jesucristo ha señalado como la más incontestable prueba de amor, el dar la propia vida : «No puede manifestarse mayor afecto a los amigos que muriendo por ellos».

(2) Cant., II, 10 ; IV, 9 ; V, 2, etc.

y a palos por sus propios hijos; contempladle atado a la columna, cubierto de sangre; su pobre cuerpo ha recibido tantos golpes, la sangre corre con tanta abundancia, que sus verdugos quedan cubiertos de ella; mirad la corona de espinas que atraviesa su santa y sagrada cabeza; miradle con la cruz a cuestas caminando hacia la montaña del Calvario: cada paso, una caída; miradle clavado en la cruz, sobre la cual se ha tendido El mismo, sin que de su boca salga la menor palabra de queja. ¡Mirad las lágrimas de amor, que derrama en su agonía, mezclándose con su sangre adorable! ¡Es verdaderamente, H. M., un amor digno de un Dios todo amor! ¡Con ello nos muestra, H. M., toda la estima en que tiene a nuestra alma! ¿Bastará todo esto para que comprendamos lo que ella vale, y los cuidados que por ella hemos de tener?

¡Ah! H. M., si una vez en la vidauviésemos la suerte de penetrarnos bien de la belleza y del valor de nuestra alma, ¿no estaríamos dispuestos, como Jesús, a sufrir todos los sacrificios por conservarla? ¡Oh! ¡cuán hermosa, cuán preciosa es un alma a los ojos del mismo Dios! ¿Cómo es posible que la tengamos en tan poca estima y la tratemos más duramente que al más vil de los animales? ¿Qué ha de pensar el alma conocedora de su belleza y de sus altas cualidades, al verse arrastrada a las torpezas del pecado? ¡Ah! ¡cuando la arrastramos por el fango de los más sucios deleites, sentimos, H. M., el horror que de sí misma debe concebir un alma que no ve sobre ella otro ser que al mismo Dios!... Dios mío, ¿es posible que hagamos tan poco caso de una tal belleza?

Mirad, H. M., en qué viene a convertirse un alma que tiene la desgracia de caer en pecado. Cuando está en gracia de Dios, la tomaríamos por una divinidad; mas ¡cuando está en pecado!... El Señor permitió un día a un profeta ver un alma en estado de pecado, y

nos dice que parecía el cadáver corrompido de una bestia, después de haber sido arrastrado ocho días por las calles y expuesto a los rigores del sol. ¡ Ah ! ahora sí que podemos decir, H. M., con el profeta Jeremías : « Ha caído la gran Babilonia, y se ha convertido en guarida de demonios » (1). ¡ Oh ! ¡ cuán bella es un alma cuando tiene la dicha de estar en gracia de Dios ! Sí, sí, ¡ solamente Dios puede conocer todo su precio y todo su valor !

Ved también cómo Dios ha instituido una religión para hacerla feliz en este mundo, mientras llega la hora de darle mayor felicidad en la otra vida. ¿ Por qué, H. M., ha instituido los sacramentos ? ¿ No es, por ventura, para curarla cuando tiene la desgracia de contagiarse con los miasmas del pecado, o bien para fortalecerla en las luchas que debe sostener ? ¡ Mirad a cuántos ultrajes se ha expuesto Jesús por ella ! ¡ cuán a menudo son violados sus preceptos ! ¡ cuántas veces son profanados sus sacramentos, cuántos sacrilegios se cometen al recibirlos ! Pero no importa, H. M. ; aun conociendo Jesús todos los insultos que debía recibir, por el amor de las almas no pudo contenerse... mejor dicho, H. M., Jesucristo amó y ama tanto a nuestra alma, que, si preciso fuera morir segunda vez, gustoso lo haría. Ved cuán diligente se muestra en acudir en nuestro auxilio cuando estamos agobiados por la pena o por la tristeza ; mirad los cuidados que se toma en favor de los que le aman ; mirad la multitud de santos a quienes Él alimentó milagrosamente. ¡ Ah ! H. M., si llegásemos a comprender lo que es un alma, lo mucho que Dios la ama, y cuán abundantemente la recompensará durante toda la eternidad, nos portaríamos como se portaron los santos : ni las riquezas, ni los placeres, ni la muerte

(1) *Cecidit, cecidit Babylon magna, et facta est habitatio daemoniorum* (Apoc., XVIII, 2, Ier., LI, 8).

misma serían capaces de hacérsola vender al demonio. Mirad toda la multitud de mártires, cuántos tormentos arrostraron para no perderla; vedlos subir a los cadalsos y entregarse en manos de los verdugos con una alegría increíble.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Cristina, virgen y mártir (1). Esta Santa ilustre era natural de la Toscana. Su padre, que era gobernador, fué su propio verdugo. El motivo de su enojo fué el haber su hija hecho desaparecer todos los ídolos que él adoraba en su propia casa; la joven los hizo añicos para vender el metal y, de su producto, repartir limosnas a los pobres cristianos. Este acto enfureció de tal manera a su padre, que al momento la entregó en manos de los verdugos, los cuales, obedeciendo las órdenes que les dió, la azotaron bárbaramente y la atormentaron con crueldad nunca vista. Su pobre cuerpo estaba cubierto de sangre. El padre ordenó que con unos garfios de hierro le desgarrasen sus carnes. Los verdugos llegaron a tanto que dejaron al descubierto muchos huesos de su cuerpo; mas el vivo dolor que experimentó, lejos de abatir su valor y turbar la paz de su alma, le dió fuerzas para arrancar, sin vacilar, su propia carne y ofrecerla a su padre por si quería comerla. Un gesto tan sorprendente, en vez de conmover el corazón de aquel padre tan bárbaro, sólo sirvió para encolerizarle más: entonces la hizo encerrar en una cárcel horrorosa, cargada de hierros y cadenas; la llenó de dicterios y maldiciones, y anuncióle que aun se le preparaban nuevos tormentos; mas aquella joven santa, que no contaba más de diez años, no se conturbó. Algunos días después, el padre la hizo salir de la prisión y mandó atarla a una rueda algo elevada sobre el suelo,

(1) La Iglesia honra a Santa Cristina el 24 de julio. Véase en este día su vida en *Las vidas de los Santos*, de Ribadeneyra.

la cual fué rociada de aceite por todos sus lados; y debajo de la misma mandó el tirano encender una gran hoguera, a fin de que, al dar vueltas la rueda, el cuerpo de aquella inocente criatura sufriese a la vez doble suplicio. Pero un gran milagro impidió que se lograra el efecto: el fuego respetó la pureza de la virgen, no causando ningún daño al cuerpo; antes al contrario, el fuego se revolvió contra los idólatras, y abrasó en sus llamas a un considerable número de ellos. Al ver el padre aquellos prodigios, faltóle poco para morir de despecho. No pudiendo aguantar aquella afrenta, y viéndose impotente para llevar a cabo la venganza que intentaba, condujo nuevamente a su hija a la cárcel; mas tampoco allí le faltó auxilio: un ángel bajó al calabozo para consolarla y curar todas sus llagas. El enviado de Dios le comunicó nuevas fuerzas. Habiendo llegado a conocimiento de aquel padre desnaturalizado este nuevo milagro, resolvió ordenar una última tentativa. Mandó al verdugo que atase una piedra al cuello de su hija, y la arrojase al lago. Mas Dios, que supo preservarla de las llamas, la libró también de las aguas: el mismo ángel que la había asistido en la prisión la acompañó sobre el agua y la condujo tranquilamente hasta la orilla, donde la encontraron tan sana como antes de arrojarla al lago. Viendo el padre que todo cuanto ordenaba para hacerla sufrir de nada le servía, murió de rabia. Díón, que fué su sucesor en el gobierno de la ciudad, le sucedió también en fiereza. Creyó deber suyo vengar la muerte de su antecesor, de la cual tenía a la hija por única causante. Inventó mil suertes de tormentos contra aquella virgen inocente; pero el más cruel fué obligarla a acostarse en una especie de cuna llena de aceite hirviendo mezclado con pez. Mas la santa joven, a quien Dios se complacía en proteger para confusión de los tiranos, hizo que, con sólo la señal de la cruz, aquella materia perdiese su fuerza. Burlándose la niña,

en cierta manera, del fracaso de sus verdugos, les dijo que la habían colocado en aquella cuna cual un niño acabado de bautizar. Aquellos aborrecibles ministros de Satán estaban llenos de indignación al ver que una niña de diez años triunfaba de todos sus esfuerzos; en su furor, aquellos bárbaros infames, olvidando el respeto que debían al pudor y a la modestia de aquella virgen, le cortaron los cabellos, la desnudaron, y, en aquel deplorable estado, la arrastraron a un templo pagano para forzarla a ofrecer incienso al demonio; mas, al entrar en el templo, el ídolo cayó hecho añicos, y el tirano quedó muerto de repente. La multitud de ídólatras que presenció tan extraordinario hecho se convirtió casi en masa, llegando hasta tres mil los que abrazaron la fe cristiana. Entonces aquella santa niña pasó a manos de un tercer verdugo llamado Justino. Aquel tirano tomó también a pechos el vengar la muerte y el deshonor de su antecesor, agotando todo lo que su rabia pudo inspirarle para atormentar a la niña. Comenzó por mandar que fuese arrojada a un horno ardiendo, a fin de hacerla perecer abrasada; mas Nuestro Señor, obrando un nuevo milagro, permitió que las llamas no la dañasen, y la virgen permaneció allí cinco días sin padecer en lo más mínimo. Entonces, viendo los hombres que su malicia resultaba impotente, recurrieron al demonio, valiéndose para ello de un mago que echó en la cárcel de la niña gran número de horribles serpientes, pensando que no escaparía a la fuerza del veneno de aquellas bestias; pero aquel diabólico manejo sólo sirvió para poner de relieve la gloria de la virgen, que triunfó de los animales, como antes triunfara de la rabia de los hombres. Le fué cortada la lengua, mas aun así se expresaba mejor, y cantaba con mayores fuerzas las alabanzas al Dios que adoraba. Finalmente, no sabiendo a qué tormento recurrir, mandó el verdugo atarla a un poste en donde su cuerpo fué agujereado a flechazos,

hasta que su alma salió del cuerpo para ir a gozar de la presencia de Dios, recompensa que tan bien había sabido merecer. Decidme, H. M., ¿comprendía aquella niña la excelencia y valor de su alma? ¿Estaba penetrada de lo que debía hacer por conservarla, a costa de sus bienes, de sus gustos y de su misma vida? ¡Ah! H. M., una vez comprendido lo que vale nuestra alma, la estimación en que Dios la tiene, ¿podremos dejarla perecer cual hacemos ahora? No, no, H. M., no debe ya admirarnos que Jesucristo haya derramado tantas lágrimas por la pérdida de nuestra alma.

Pero, pensaréis vosotros, ¿sobre qué cosas lloró, pues, Jesucristo? — ¡Ay! lloró sobre nuestro orgullo, al ver que sólo nos preocupamos de los honores y de la estimación del mundo, en vez de anonadarnos considerando las grandes humillaciones a que Dios se sometió para nuestro encumbramiento; lloró sobre nuestros odios y venganzas, que contrastan con la manera como El obró, al morir por sus enemigos; lloró sobre nuestro infame vicio de la impureza, al ver la deshonra que produce este pecado en el alma, sumiéndola en el más infundo e infecto lodazal. ¡Ah! H. M., Jesús lloró sobre todos nuestros pecados. El quería salvarnos y hacernos felices a todos; El no quería que almas tan hermosas, criaturas suyas, se perdiesen ni quedasen sumidas en la deshonra y reducidas a la esclavitud del demonio, estando dotadas de tan bellas cualidades, y destinadas a tan excelsa felicidad.

III. — Nos dice San Agustín (1): «¿Queréis saber lo que vale vuestra alma? Id, preguntádselo al demonio, él os lo dirá. El demonio tiene en tanto a nuestra alma, que, aunque viviésemos cuatro mil años, si después de esos cuatro mil años de tentaciones nos ganase,

(1) Serm. CCX, in Quadrag. VI, cap. IV.

tendría por muy bien empleado su trabajo». Aquel santo varón que de una manera tan particular había sufrido las tentaciones del demonio, nos dice que nuestra vida es una tentación continuada. El mismo demonio dijo un día por boca de un poseso que, en tanto hubiese un solo hombre sobre la tierra, él estaría allí para tentarle. Puesto que, decía, no puedo soportar que los cristianos, después de tantos pecados, puedan aún esperar el cielo que yo perdí de una sola vez, sin poder reconquistarlo jamás.

Pero ¡ay! sí, lo podemos experimentar en nosotros mismos el hecho de que en casi todos nuestros actos nos hallamos tentados, ya de orgullo, ya de vanidad, ya pensando en la opinión que los demás formarán de nosotros, ya concibiendo celos, odios, deseo de venganza... Otras veces el demonio se nos acerca para presentarnos las imágenes más inmundas e impuras. Mirad cómo, al orar, agita nuestro espíritu llevándolo de una parte a otra; y hasta ¿no nos parece que nos hallamos en un estado... (1), cuando estamos en la santa presencia de Dios? Y aun más, desde Adán hasta nosotros, no hallaréis santo alguno que de una u otra manera no haya sido tentado; y los más grandes santos fueron precisamente los que experimentaron mayores tentaciones. El mismo Jesucristo quiso ser tentado, para darnos a entender que también nosotros lo seríamos: es necesario, pues, atenernos a ello. Si me preguntáis cuál es la causa de nuestras tentaciones, os responderé que es la hermosura y el valor de nuestra alma, a la cual el demonio aprecia y apetece tanto, que se conformaría con sufrir dos infiernos, si fuese preciso, con tal de poderla arrastrar a compartir sus penas.

Jamás, pues, dejemos de permanecer en guardia,

(1) Está así, sin sentido, en la edición francesa. (Nota del Trad.).

por temor de que, en el momento menos pensado, el demonio nos engañe. Cuéntanos San Francisco que un día el Señor le hizo ver la manera como el demonio tentaba a sus religiosos, sobre todo contra la virtud de la pureza. Vió una multitud de demonios que se entretenían arrojando flechas contra aquellos religiosos; unas retornaban violentamente contra los mismos demonios que las arrojaran: entonces éstos huían dando tremendos alaridos; otras, al dar contra aquellos a quienes iban dirigidas, caían a sus pies sin causarles daño alguno; otras penetraban enteras y los atravesaban de parte a parte. Para rechazar las tentaciones, nos dice San Antonio, hemos de servirnos de las mismas armas: así, cuando nos tienta con el orgullo, debemos al momento humillarnos y rebajarnos ante Dios; si quiere tentarnos contra la santa virtud de la pureza, debemos esforzarnos en mortificar el cuerpo y los sentidos, vigilándonos con más diligencia que nunca. Si quiere tentarnos por medio del fastidio en la hora de la oración, deberemos redoblar ésta y poner atención más diligente; y cuanto más el demonio nos induzca a dejar las oraciones de costumbre, mayor número de ellas habremos de rezar.

Las tentaciones más temibles son aquellas de las cuales no nos damos cuenta. Refiere San Gregorio que había un religioso que durante algún tiempo fué muy bueno; un día concibió el deseo de salir del monasterio y volver al mundo, diciendo que el Señor le quería fuera de aquel monasterio. El superior le dijo: «Amigo mío, esto es el demonio que se enoja de que logréis salvar el alma; combatid contra él. No dándose el otro por convencido, el superior le dió permiso para marcharse; pero, al salir del monasterio, el santo se puso de rodillas para pedir a Dios que hiciese conocer al pobre religioso que todo aquello no eran sino asechanzas del demonio empeñado en perderle. Apenas puso el

pie en el umbral de la puerta para salir, un espantoso dragón se le echó encima. «¡Socorro, hermanos míos, exclamó, que viene un gran dragón a devorarme!» Los religiosos, al oír aquel ruido, acudieron a ver qué sucedía, y hallaron al religioso tendido en tierra casi muerto; le condujeron al monasterio, y entonces el infeliz reconoció verdaderamente que todo aquello eran sólo tentaciones del demonio que moría de rabia al ver que su superior había rogado por él y le impedía ganar aquella alma. ¡Ay! H. M., cuánto hemos de temer que no lleguemos a conocer nuestras tentaciones! Y si no se lo pedimos a Dios, nunca las conoceremos.

¿Qué hemos de sacar de todo esto, H. M., si no es que nuestra alma es algo muy grande a los ojos del demonio, toda vez que está tan atento a no dejar perder ocasión de tentarnos, a fin de perdernos y arrastrarnos a compartir su desgracia? Mas si, por una parte, hemos visto, H. M., cómo nuestra alma es algo grande, cuánto la ama Dios, cuánto padeció para salvarla, los bienes que le prepara en la otra vida; y, por otra parte, hemos visto todas las astucias y lazos que el demonio nos tiende para perderla, ¿que habremos de pensar, H. M., de todo esto? ¿qué estima haremos de nuestra alma? ¿qué precauciones tomaremos por ella? ¿Hemos pensado siquiera una vez en su excelencia y en los cuidados que respecto a ella debemos tener?

¿Qué hacemos, H. M., de esa alma que tanto ha costado a Jesucristo? ¡Ay, H. M., que es como si lauviésemos únicamente para hacerla desgraciada y causarle sufrimientos!... La consideramos menos estimable que los más viles animales; a las bestias que tenemos en la cuadra, les damos de comer; cuidamos muy bien de cerrar las puertas a fin de que los ladrones no nos las roben; cuando están enfermas, acudimos pronto en busca del veterinario para que las cure; a veces hasta nos sentimos conmovidos viéndolas sufrir. Y esto

¿lo hacemos, H. M., por nuestra alma? ¿Nos preocupamos de alimentarla con la gracia, o mediante la frecuencia de sacramentos? ¿Cuidamos de cerrar las puertas para que los ladrones no nos la roben? ¡Ay! H. M., confesémoslo para nuestra vergüenza, la dejamos perecer de miseria; dejamos que nuestros enemigos, que son las pasiones, la desgarran; dejamos abiertas todas las puertas; llega el demonio del orgullo, y le permitimos entrar para asesinar y devorar a la pobre alma; llega el de la impureza, y también entra, para ensuciarla y corromperla. «¡Ah! pobre alma, nos dice San Agustín, en muy poca estima eres tenida. El orgulloso te vende por un pensamiento de soberbia, el avaro por un pedazo de tierra, el beodo por un vaso de vino, el vengativo por un pensamiento de venganza!»

Realmente, H. M., ¿dónde están nuestras oraciones bien hechas, nuestras comuniones devotas, nuestras misas santamente oídas, nuestra resignación y conformidad con la voluntad de Dios en las penas, nuestra caridad para con los enemigos? ¿Será posible, H. M., que hagamos tan poco caso de un alma tan bella, a la cual Dios amó más que a sí mismo, pues murió por salvarla? ¡Ay! amamos al mundo y sus placeres; en cambio, todo cuanto se refiere a la gloria de Dios o a la salvación del alma, nos enoja y nos fastidia y llegamos hasta a quejarnos cuando nos vemos forzados a ejecutarlo. ¡Ay! ¿cuál será nuestro remordimiento otro día!... En apariencia, parece que el mundo nos proporciona algún placer; pero nos equivocamos. Escuchad lo que nos dice San Juan Crisóstomo, y veréis cómo es más feliz el que se preocupa de salvarse, que el que sólo corre en busca de los placeres y deja abandonada su pobre alma. «Mientras dormía, nos dice este gran Santo, tuve un sueño muy singular, el cual, al despertarme, me ofreció muchos motivos de reflexión y meditación delante de Dios. En aquel sueño, vi un paraje delicioso,

un valle agradable, en el cual la naturaleza había reunido todas las bellezas, todas las riquezas y todos los placeres capaces de complacer a un mortal. Lo que más me admiró, fué ver en medio de aquel valle de delicias a un hombre con el semblante triste, el rostro alterado y el espíritu preocupado; por su talante se adivinaba la turbación y la emoción de su alma: unas veces permanecía inmóvil, mirando fijamente al suelo, otras andaba a grandes pasos y con aire extraviado; otras se paraba repentinamente, exhalando profundos suspiros, sumiéndose en honda melancolía, rayana en la desesperación. Contemplando todo aquello atentamente, vi que aquel valle de delicias terminaba en un espantoso precipicio, en una sima inmensa hacia donde parecía verse aquel hombre arrastrado por una fuerza extraña. A pesar de tantas delicias, aquel hombre se mostraba agitado, pues, a la vista de aquellos abismos, le era imposible disfrutar un solo momento de paz y de alegría. Mas, dirigiendo mi vista hacia lo lejos, vi otro lugar de aspecto totalmente distinto del valle que os he descrito: era un valle sombrío y oscuro, formado por abruptas montañas y estériles desiertos; la sequedad más desoladora dominaba enteramente en aquellos parajes; nada de vegetación ni de frondosidad, sólo zarzas y espinas: todo inspiraba tristeza, desolación, horror. Pero fué grande mi sorpresa cuando divisé en aquel valle a un hombre pálido, enjuto, extenuado, y sin embargo, con el rostro sereno, el aspecto tranquilo y el aire satisfecho; a pesar de la apariencia exterior no muy gallarda, todo hacía adivinar que se trataba de un hombre que disfrutaba de la paz del alma; pero, mirando aun más a lo lejos, vi, al extremo de aquel valle de miserias y de aquel horroroso desierto, un sitio delicioso, un agradable rincón donde se descubriría toda suerte de bellezas. El hombre contemplaba sin cesar aquel extremo sin perderlo jamás de vista,

andaba con decisión, sin detenerse ante los estorbos de las zarzas y espinas que a veces llegaban a herir sus carnes; las llagas parecían avivar sus fuerzas. Admirado al ver todo aquello, pregunté por qué causa el uno estaba tan triste en un lugar de placeres y el otro tan tranquilo en una mansión de miserias. Entonces oí una voz que dijo: Estos dos hombres son, respectivamente, la imagen de aquellos que están enteramente entregados al mundo, y de los que se consagran sinceramente al servicio de Dios. El mundo, me dijo aquella voz, ofrece desde el primer momento a sus seguidores la riqueza y el placer, a lo menos en apariencia: los incautos se entregan a ellos inconsideradamente; pero pronto han de reconocer que no hallaron lo que pensaban. Lo más triste y desalentador es que al final se encuentran indefectiblemente con un abismo donde van a precipitarse cuantos andan por aquella senda en apariencia tan agradable. El otro, continuó la voz, experimenta en sí mismo todo lo contrario: y es que, en el servicio de Dios, hállanse ante todo pruebas y penalidades, debe habitarse en un valle de lágrimas; hay que mortificarse, hacerse violencia, privarse de las dulzuras de la vida, pasar los días en grande apretura. Pero el espíritu se anima ante la vista y la esperanza de un porvenir eternamente feliz; dura es la vida del hombre que mora en aquel valle triste, mas el pensamiento de la felicidad que le aguarda, le consuela y le sostiene en todas sus luchas. Todo es consolador para él, y su alma comienza ya a gustar de los bienes prometidos que le esperan y de los cuales pronto gozará plenamente».

¿Podremos hallar, H. M., una comparación más exacta y natural para comprender la diferencia entre los que durante su vida sólo procuran servir a Dios y salvar su alma, y los que dejan de lado a su Dios y a su alma, para correr tras los placeres, que conducen,

sin dejarnos gozar de nada consolador y perfecto, a un precipicio que no es otro que el abismo infernal? (1). ¡Dichoso, H. M., el que seguirá aquel camino donde hay algunas penas, de poca duración, pero que al fin nos conduce a un lugar tan dichoso cual es aquel donde se goza de la posesión de Dios! Esta es la gracia que os deseo...

(1) Est via quae videtur homini iusta: novissima autem eius deducunt ad mortem. Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii luctus occupat. (Prov., XIV, 12, 13).

DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL ORGULLO

Non sum sicut caeteri hominum.

Yo no soy como los demás.

(S. Lucas, XVIII, ix.)

Tal es, H. M., el lenguaje ordinario de la falsa virtud y el de los orgullosos, quienes, siempre satisfechos de sí mismos, están en todo momento dispuestos a criticar y censurar el comportamiento de los demás. Tal es también la manera de hablar de los ricos, que miran a los pobres como si fuesen de una naturaleza distinta de la suya, y los tratan conforme a esta manera de pensar. En una palabra, H. M., esta es la manera de hablar de casi todo el mundo. Son contados, hasta entre la gente de la más baja condición, los que no estén manchados con este maldito pecado, que no formen siempre buena opinión de sí mismos, que no se coloquen en todo momento por encima de sus iguales, y no lleven su detestable orgullo hasta afirmarse en la creencia de que son ellos mejores que muchos otros. De todo lo cual deduzco yo que el orgullo es la fuente de todos los vicios y la causa de todos los males que acontecen y acontecerán hasta la consumación de los siglos. Llevamos hasta tal punto nuestra ceguera, que muchas veces nos gloriamos de aquello que debería llenarnos de confusión. Unos se muestran orgullosos porque creen tener mucho talento; otros,

porque poseen algunos palmos de tierra o algún dinero ; mas todos éstos lo que debieran hacer es temblar ante la temible cuenta que Dios les pedirá algún día. ¡ Oh ! H. M., cuántos hay que necesitan hacer esta oración que San Agustín dirigía a Dios Nuestro Señor : « Dios mío, haced que conozca lo que soy, y nada más necesito para llenarme de confusión y desprecio » (1). Voy, pues, ahora a mostraros : 1.º hasta qué punto el orgullo nos ciega y nos hace odiosos a los ojos de Dios y de los hombres ; 2.º de cuántas maneras lo cometemos ; y 3.º lo que debemos practicar para corregirnos.

I. — Sí, H. M., para daros una idea de la gravedad de ese maldito pecado, sería preciso que Dios me permitiese ir a arrancar a Lucifer del fondo de los abismos, y arrastrarle aquí hasta este lugar que ocupo, para que él mismo os pintase los horrores de ese crimen, mostrándoos los bienes que le ha arrebatado, es decir el cielo, y los males que le ha causado, que no son otros que las penas del infierno. ¡ Ay ! H. M., ¡ por un pecado que tal vez durará un solo momento, un castigo que durará toda una eternidad ! Y lo más terrible de ese pecado es que, cuanto más domina al hombre, menos culpable se cree éste del mismo. En efecto, jamás el orgulloso querrá convencerse de que lo es, ni jamás reconocerá que no anda bien : todo cuanto hace y todo cuanto habla, está bien hecho y bien dicho. ¿ Queréis haceros cargo, H. M., de la gravedad de ese pecado ? Mirad lo que ha hecho Dios para expiarlo. ¿ Por qué causa quiso nacer de padres pobres, vivir en la obscuridad, aparecer en el mundo no ya en medio de gente de mediana condición, sino como una persona de la más ínfima categoría ? Pues porque veía que ese pecado había de tal manera ultrajado a su Padre, que solamente El

(1) *Noverim me, ut oderim me.*

podía expiarlo rebajándose al estado más humillante y más despreciable, cual es el de la pobreza ; pues no hay como no poseer nada para ser despreciado de unos y rechazado de otros.

Mirad, H. M., cuán grandes sean los males que ese pecado ocasionó. Sin él no habría infierno. Sin dicho pecado, Adán estaría aún en el paraíso terrenal, y nosotros todos, felices, sin enfermedades ni miseria alguna de esas que a cada momento nos agobian ; no habría muerte ; no estaríamos sujetos a aquel juicio que hace temblar a los santos ; ningún temor deberíamos tener de una eternidad desgraciada ; el cielo nos estaría asegurado. Felices en este mundo, y aun más felices en el otro : pasaríamos nuestra vida bendiciendo la grandeza y la bondad de nuestro Dios, y después subiríamos en cuerpo y alma a continuar tan dichosa ocupación en el cielo. ¡ Ah ! ¿ qué digo ? ¡ sin ese maldito pecado, Jesús no habría muerto ! ¡ Oh, cuántos tormentos se habrían evitado a nuestro divino Salvador !...

Pero, me diréis, ¿ por qué ese pecado ha causado peores daños que los otros ? — ¿ Por qué ? Oíd la razón. Si Lucifer y los demás ángeles malos no hubiesen caído en el pecado de orgullo, no existirían demonios, y, por consiguiente, nadie habría tentado a nuestros primeros padres, y así ellos hubieran tenido la suerte de perseverar. No ignoro que todos los pecados ofenden a Dios, que todos los pecados mortales merecen eterno castigo : el avaro que sólo piensa en atesorar riquezas, dispuesto a sacrificar la salud, la fama y hasta la misma vida para acumular dinero, con la esperanza de proveer a su porvenir, ofende sin duda a la providencia de Dios, el cual nos tiene prometido que, si nos ocupamos en servirle y amarle, El cuidará de nosotros. El que se entrega a los excesos de la bebida hasta perder la razón, y se rebaja a un nivel inferior al de los brutos, ultraja también gravemente a Dios, que le dió los bienes para

usar rectamente de ellos consagrandos sus energías y su vida a servirle. El vengativo que se venga de las injurias recibidas, desprecia cruelmente a Jesucristo, que, hace ya tantos meses o quizá tantos años, le soporta sobre la tierra, y aun más, le provee de cuanto necesita, cuando sólo merecería ser precipitado a las llamas del infierno. El impúdico, al revolcarse en el fango de sus pasiones, se coloca en un nivel inferior a las más inmundas bestias, pierde su alma y da muerte a su Dios; convierte el templo del Espíritu Santo en templo de demonios, «hace de los miembros de Cristo, miembros de una infame prostituta» (1), de hermano del Hijo de Dios, se convierte, no ya en hermano de los demonios, sino en esclavo de Satán. Todo esto son crímenes respecto a los cuales faltan palabras que expresen los horrores y la magnitud de los tormentos que merecen. Pues bien, H. M., yo os digo que todos estos pecados distan tanto del orgullo, en cuanto al ultraje que infligen a Dios, como el cielo dista de la tierra: nada más fácil de comprender. Al cometer los demás pecados, o bien quebrantamos los preceptos de Dios, o bien despreciamos sus beneficios; o, si queréis, convertimos en inútiles los trabajos, los sufrimientos y la muerte de Jesús. Mas el orgulloso hace como un súbdito que, no contento con despreciar y hollar debajo de sus plantas las leyes y las ordenanzas de su soberano, lleva su furor hasta el intento de hundirle un puñal en el pecho, arrancarle del trono, hollarle debajo de sus pies y ponerse en su lugar. ¿Puede concebirse mayor atrocidad, H. M.? Pues bien, esto es lo que hace la persona que halla motivo de vanidad en los éxitos alcanzados con sus palabras u obras. ¡Oh, Dios mío! cuán grande es el número de esos infelices!

(1) *Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Absit.*
(I Cor., VI, 15).

Oíd, H. M., lo que nos dice el Espíritu Santo hablando del orgulloso: «Será aborrecido de Dios y de los hombres, pues el Señor detesta al orgulloso y al soberbio». El mismo Jesucristo nos dice «que daba gracias a su Padre por haber ocultado sus secretos a los orgullosos» (1). En efecto, si recorremos la Sagrada Escritura, veremos que los males con que Dios aflige a los orgullosos son tan horribles y frecuentes que parece agotar su furor y su poder en castigarlos, así como podemos observar también el especial placer con que Dios se complace en humillar a los soberbios a medida que ellos procuran elevarse. Acontece igualmente muchas veces ver al orgulloso caído en algún vergonzoso vicio que le llena de deshonra a los ojos del mundo (2).

Hallamos un caso ejemplar en la persona de Nabucodonosor el grande. Era aquel príncipe tan orgulloso, tenía tan elevada opinión de sí mismo, que pretendía ser considerado como Dios (3). Cuando más henchido estaba con su grandeza y poderío, de repente oyó una voz de lo alto diciéndole que el Señor estaba cansado de su orgullo, y que, para darle a conocer que hay un Dios, señor y dueño de los reinos terrenos, le sería quitado su reino y entregado a otro; que sería arrojado de la compañía de los hombres, para ir a habitar junto a las bestias feroces, donde comería hierbas y raíces cual una bestia de carga. Al momento Dios le trastornó de tal manera el cerebro, que se imaginó ser una bestia, huyó a la selva y allí llegó a conocer su pequeñez (2). Ved los castigos que Dios envió a Coré, Dathán, Abirón y a doscientos judíos notables. Estos, llenos de orgullo, dijeron a Moisés y a Aarón: «¿Y por

(1) *Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus* (Matth., XI, 25).

(2) Rodríguez refiere (p. 213, tom. III), que a Paladio... el demonio le apareció en forma de mujer y le arrastró. (Nota del Santo)

(3) Judit, III, 13.

(4) Dan., IV, 27-34.

qué no hemos de tener también nosotros el honor de ofrecer al Señor el incienso cual vosotros lo hacéis?» El Señor mandó a Moisés y a Aarón que todos se retirasen de ellos y de sus cosas, pues quería castigarlos... Apenas estuvieron separados, abrióse la tierra debajo de sus pies y se huyeron vivos en el infierno (1). Mirad a Herodes, el que hizo dar muerte a San Jaime y encarceló a San Pedro. Era tan orgulloso, que un día, vestido con su indumentaria real y sentado en su trono, habló con tanta elocuencia al pueblo, que hubo quien llegó a decir: «No, no, éste que habla no es un hombre, sino un dios». Al instante, un ángel le hirió con una tan horrible enfermedad, que los gusanos se cebaban en su cuerpo vivo, y murió como un miserable. Quiso ser tenido por dios, y fué comido por los viles insectos (2). Ved también a Amán, aquel soberbio famoso, que había decretado que todo súbdito debía doblar la rodilla delante de él. Irritado y enfurecido porque Mardoqueo menospreciaba sus órdenes, hizo levantar una horca para darle muerte; pero Dios, que aborrece a los orgullosos, permitió que aquella horca sirviese para el mismo Amán (3).

Leemos en la historia que un solitario lleno de orgullo quiso mostrar la firmeza de su fe. Habiendo ido a visitar a San Palemón, dió en su presencia grandes muestras de orgullo, hasta el punto que el Santo le dijo, caritativamente, que con tanto orgullo era muy difícil tener la fe de que blasonaba; que, no teniendo nada bueno de nosotros mismos, sólo nos toca humillarnos y gemir delante de Dios pidiéndole la gracia de que no nos abandone. Mas aquel pobre ciego, en vez de aprovecharse de tan caritativa amonestación, corrió a

(1) Num., XVI.

(2) Act., XII, 21-23.

(3) Esther, VII, 10.

arrojarse a un brasero encendido (1), y permitió Dios, para probar hasta dónde llegaba su orgullo, que el fuego no le dañase. Pero, pasado algún tiempo, cayó en un pecado gravísimo y vergonzoso contra la santa virtud de la pureza. El demonio se le presentó en figura de mujer, que le instó a pecar y sentóse junto a él. Como el solitario intentase abrazarla, el demonio se arrojó sobre él, le molió a golpes y le dejó tendido y sin conocimiento en el suelo. Reconociendo, al fin, su culpa, es decir, su orgullo, volvió a visitar a San Palemón, y con lágrimas en los ojos confesó su pecado. Cosa extraña, H. M., mientras estaba hablando con el Santo, el demonio se apoderó de él, le arrastró con furia y le precipitó en un horno ardiendo, donde perdió su vida (2).

Sí, H. M., en todas partes y en todos tiempos hallamos ejemplos de cómo Dios se complace en confundir a los soberbios. Y no solamente el orgulloso es aborrecible a los ojos de Dios, sino que también resulta insoportable a los hombres. ¿Por qué causa?, me preguntaréis. — Pues porque no puede avenirse con nadie: unas veces quiere elevarse por encima de sus iguales, otras quiere igualarse con los que están sobre él, de manera que nunca puede estar en paz con nadie. Así es que los orgullosos están siempre en controversia con alguien, por lo cual todo el mundo los odia, huye de ellos y los desprecia. No hay pecado, H. M., que produzca un cambio tan radical en el que lo comete como el orgullo; por él, un ángel, la criatura más hermosa, se convirtió en el más horrible demonio, y entre

(1) No «corrió a arrojarse a un brasero encendido, sino que solamente andó sobre carbones ardiendo, conforme a la proposición presuntuosa que había hecho a San Palemón.

(2) Aquel orgulloso solitario no volvió a visitar a San Palemón después de su culpa, sino que se fué «a la ciudad de Pane, donde se precipitó en un horno, cuyas llamas le consumieron», como dice el Santo. *Vida de los Padres del desierto*, t. I. p. 256.

los hombres, a un hijo de Dios lo convierte en esclavo de Satán.

II. — Muy horrible es ese pecado, me diréis ; preciso es que quien lo comete no conozca ni los bienes que pierde, ni los males que atrae sobre sí, ni, finalmente, los ultrajes que infiere a Dios y a su alma. Mas ¿de qué modo podremos saber que hemos caído en él? — ¿Cómo, amigo mío? Helo aquí. Podemos muy bien decir que este pecado se halla en todas partes, acompañando al hombre en todo cuanto dice o hace ; viene a ser como una especie de *condimento* que en todas partes entra. Escuchadme un momento y lo vais a ver. Jesucristo nos presenta un ejemplo en el Evangelio, al hablarnos de aquel fariseo que fué al templo a hacer su oración, permaneciendo de pie ante todo el mundo y diciendo en alta voz : «Os doy gracias, Señor, porque no soy como los demás, lleno de pecados ; empleo mi vida haciendo el bien y procurando agradaros». Aquí tenéis el verdadero carácter del orgulloso : en vez de dar gracias a Dios por haberse dignado servirle de él para el bien, mira todo aquello como si procediese de sí propio y no de Dios. Entremos a examinar esto con más detención y veremos cómo casi nadie escapa a las redes del orgullo. Así los viejos como los jóvenes, así los pobres como los ricos, todos se alaban y glorían de lo que son y de lo que hicieron, o mejor, de lo que no son y de lo que no hicieron. Todos se aplauden y gustan de ser aplaudidos ; todos corren de una parte a otra mendigando las alabanzas de los hombres, y cada uno trabaja por atraerse a los demás a su partido. Así pasa la vida la mayor parte de la gente.

La puerta por la cual el orgullo entra más copiosamente son las riquezas. En cuanto una persona aumenta sus bienes, la veréis ya mudar de vida ; hace lo que decía Jesucristo de los fariseos ; «Esas gentes gustan

de que les llamen maestros, de que todo el mundo las salute; siempre aspiran a los primeros puestos; se presentan ricamente vestidas» (1); abandonan ya su primitivo aire de sencillez; si los saludáis, ni se dignarán quitarse el sombrero, apenas si inclinarán un poco la cabeza; andan con la cabeza erguida, ponen especial cuidado en escoger las más bellas palabras, cuya significación muchas veces ignoran, pero se complacen en repetir las. Aquí hallaréis a un hombre que os llenará la cabeza dándoos cuenta de las herencias que le han tocado para hacer ostentación de la importancia de su fortuna. Toda su preocupación está en que le alaben y le tengan en mucho ¿Se ha visto coronada por el éxito alguna empresa suya? pues le falta tiempo para darlo a conocer, a fin de hacer ostentación de su saber. ¿Ha dicho algo digno de aplauso? no cesa ya de repetirlo a cuantos le quieren escuchar, hasta fastidiarlos y dar pie a que se burlen de su fatuidad. ¿Ha realizado, por ventura, algún viaje? preparaos, pues, a oír cien veces sus narraciones, hinchadas y exageradas, hablando de lo que vió y de lo que no vió con tanta desaprensión que llega a inspirar lástima a los que le escuchan. Los pobres orgullosos piensan que de esta manera lograrán ser tenidos por personas de talento, mas lo que ocurre es que en la intimidad todo el mundo los desprecia. Ante las bravatas de cierta gente, una persona seria no sabe abstenerse de formular para sus adentros este o parecido juicio: ¡he aquí un soberbio; el pobre piensa ser creído en todo cuanto afirma!...

Ved a un artesano contemplando la obra de otro; hallará en ella mil defectos y dirá: «¡Ah! ¿qué le vamos a hacer? ¡su capacidad no da más de sí!» Pero, como el orgulloso no rebaja nunca a los demás sin elevarse a sí mismo, entonces, a renglón seguido, os ha-

(1) Matth., XXIII.

blará de tal o cual obra por él realizada, diciéndoos que ha llamado la atención de los inteligentes, que se ha hablado mucho de ella... El orgulloso, al toparse con varias personas reunidas, generalmente cree que hablan de él, ya en bien ya en mal.

¿Se trata de una joven agraciada, o que tal cree ser? La veréis andar con un aire de afectación, con una vanidad cual de princesa. ¿Está bien provista de vestidos y adornos? Pues con el mayor disimulo dejará muchas veces su ropero abierto para que se enteren de ello los que frecuentan su casa. Quién se enorgullece de su hogar y de sus bestias; quién de saber confesarse, de saber orar bien, de presentarse con mayor modestia en el templo. Una madre se enorgullecerá de sus hijos; un labrador, de tener las tierras mejor cultivadas que otros a quienes critica, y se envanecerá de su saber. Un joven petimetre lleva con ostentación una gran cadena en el chaleco; pero, si se le pregunta qué hora es, no puede decirlo porque no tiene reloj; otro, que lo lleva, a cada momento habla de si es tarde o temprano, para tener ocasión de lucirlo ante los demás. Si es un jugador, tomará en su mano todo lo que tiene o hasta lo que pidió prestado, para dar a entender que no le importa perder unas pesetas. ¡Y cuántos hay que, para asistir a una partida de placer, tienen que pedir prestado no sólo el dinero sino también el vestido!

¿Es una persona que entra por primera vez en relaciones con una familia donde no era conocida? En seguida la oiréis dar grandes explicaciones acerca de su abolengo, sus bienes, su talento, y todo cuanto puede contribuir a que formen de ella un elevado concepto. Sí, H. M., nada más ridículo, nada más tonto que estar siempre dispuesto a hablar de lo que se ha hecho, de lo que se ha dicho. Oíd a un padre de familia, cuando sus hijos se hallan en estado de poder contraer

matrimonio. En cuanto se le ofrece ocasión, habla de esta manera, para que le oiga todo el mundo : «Tengo prestados tantos miles de pesetas, mis tierras rinden tanto» ; mas pedidle tan sólo un real para los pobres, y os contestará que no tiene nada. Un sastre o una modista habrán acertado en la confección de un traje o un vestido ; si se ofrece la ocasión de ver pasar a la persona que lo lleva y alguien alaba el vestido y quiere saber su autor, pronto responden : «¡ Mirad bien, es obra mía !». ¿ Por qué hablan ? Pues para dar a conocer su habilidad. Si no hubiesen acertado, y los comentarios fuesen desfavorables, se guardarían muy bien de abrir la boca por temor a la humillación. Y no hablemos de las mujeres en lo concerniente a las cosas del hogar... Mas he de advertiros que este pecado debe ser aún más temido entre las personas que parecen profesar una gran piedad. He aquí un ejemplo (1).

Este maldito pecado del orgullo se desliza hasta entre los que ejercen las más bajas funciones (2). Así un trabajador de tierras, un podador, por ejemplo, si le ocurre practicar su oficio en lugares donde acude mucha gente, veréis que pone en su obra todos sus cinco sentidos, «a fin, dirá él, de que los que pasen por aquí no puedan decir que no sé mi obligación». Este pecado se mezcla también con el crimen o con la virtud : ¡ cuántos son los que se glorían de haber hecho el mal ! Escuchad la conversación de algunos bebedores : «¡ Ah !, dirá uno, el otro día me topé con fulano ; apostamos a quién bebería más sin embriagarse ; y le gané». Es también orgullo, desear riquezas que no se tienen o envidiar las de los demás, por ser los ricos respetados en el mundo.

Hallaréis algunos que, según su manera de hablar,

(1) Orígenes... *Pastor apostólico*, tomo I, p. 261. (Nota del Santo).

(2) Ni los rabadanes y guardadores de puercos están exentos de orgullo. (Nota del Santo).

son humildes en extremo, y llegan hasta a despreciar su persona, como si públicamente quisiesen confesar su pequeñez. Mas decidles algo que los humille de verdad. A la primera palabra les veréis erguirse, y plantaros cara, y hasta llegarán al extremo de desacreditaros y volver contra vuestra reputación, por el pretendido agravio que le habéis inferido. Mientras se los alabe y lisonjee, serán ellos muy humildes. Otras veces sucede que, cuando delante de nosotros se habla con encomio de otra persona, nos sentimos molestados, cual si aquello nos humillara; ponemos mala cara, o bien decimos: «¡Ah! es como los demás, fué ella quien hizo esto o lo de más allá, no posee las bellas cualidades que le atribuí, se ve que no la conocéis!...»

He dicho que el orgullo se mete hasta en nuestras buenas obras. Son muchos los que no darían limosna ni favorecerían al prójimo si no fuese porque, mediante ello, son tenidos por personas caritativas y de buenos sentimientos. Si ocurre tener que dar limosna delante de los demás, darán mayor cantidad que cuando están a solas. Si desean hacer público el bien que han practicado o los servicios que a los demás han prestado, comenzarán hablando de esta manera: «Fulano es muy desgraciado, apenas puede vivir; tal día vino a manifestarme su miseria y le di tal cosa».

El orgulloso nunca quiere ser reprendido, en todo le asiste derecho; todo cuanto dice está bien dicho; todo cuanto hace está bien hecho. En cambio le veréis constantemente preocuparse de la conducta de los demás; todo lo encuentra defectuoso: nada está bien hecho ni bien dicho. Una acción realizada con las mejores intenciones del mundo, su lengua viperina la convierte en cosa mala.

¿Cuántos hay, también, que mienten o inventan por causa del orgullo? Si les ocurre narrar sus dichos o sus hechos, ponen mucho más de lo que hay en rea-

lidad. En cambio, otros mienten por temor de la humillación. En otras palabras: los viejos se vanaglorían de lo que no hicieron; si hemos de dar oídos a sus palabras, diremos que fueron los más valerosos conquistadores de la tierra; parece como si hubiesen recorrido el universo entero; y los jóvenes alábanse de lo que no harán nunca: todos mendigan, todos corren detrás de una boqueada de humo, que ellos llaman honor. Tal es el mundo de hoy, H. M.; explorad vuestra conciencia, poned la mano sobre el corazón, y forzosamente tendréis que reconocer la verdad de lo que os digo.

Pero lo más triste y lamentable es que este pecado sume al alma en tan espesas tinieblas, que nadie se cree culpable del mismo. Nos damos perfecta cuenta de las vanas alabanzas de los demás, conocemos muy bien cuándo se atribuyen elogios que jamás merecieron; mas nosotros creemos ser siempre merecedores de los que se nos tributan. Y yo os digo, H. M., que quien busca la estimación de los hombres es ciego. — ¿Por qué, me diréis? — He aquí la razón, amigo mío. Ante todo, no diré que pierda todo el mérito de cuanto hace, que todas sus limosnas, sus oraciones y sus penitencias no sean más que motivo de condenación. El creerá haber hecho algo bueno, y todo estará estropeado por el orgullo. Pero os digo yo que es un ciego. Para merecer la estimación de Dios y de los hombres, lo más seguro es huir de los honores en vez de procurarlos; no hay más que persuadirse de que nada somos, nada merecemos; y estemos ciertos de que lo tendremos todo. En todo tiempo se ha visto que cuanto más una persona quiere ensalzarse, tanto más permite Dios su humillación; y cuanto más empeño pone en esconderse, mayor es el brillo que Dios concede a su fama. Mirad: no tenéis más que poner la mano y los ojos sobre la verdad para reconocerla. Una persona, es decir, un orgu-

lloso, corre a mendigar las alabanzas de los hombres ; ¡ y veréis que apenas si es conocido en una parroquia ! Mas aquel que hace cuanto puede para ocultarse, que se desprecia a sí mismo y se tiene en nada, hallaréis que en veinte o cincuenta leguas a la redonda son elogiadas y conocidas sus buenas cualidades. En una palabra : su fama se esparce por las cuatro partes del mundo ; cuanto más se oculta, más conocido es ; mientras que cuanto más el otro quiere hacerse visible, más profundamente se hunde en las tinieblas, lo cual hace que nadie le conozca, y él mucho menos que los demás.

Si el fariseo, según habéis visto, es el verdadero retrato del orgulloso, el publicano es una imagen visible del corazón sinceramente penetrado de su pequeñez, de su nada, de su escaso mérito y de su gran confianza en Dios. Jesús nos lo presenta como un modelo cumplido, al cual podemos tomar seguramente por guía. El publicano, nos dice San Lucas, echa en olvido todo el bien que ha podido hacer durante su vida, para ocuparse solamente de su indignidad y de su miseria espiritual ; no se atreve a comparecer delante de un Dios tan santo. Lejos de imitar al fariseo, que se situó en un lugar donde podía ser visto de todo el mundo y recibir sus alabanzas, el pobre publicano apenas se atreve a entrar en el templo, corre a ocultarse en un rincón, se considera como si estuviese solo ante su juez, la faz en tierra, el corazón quebrantado de dolor y los ojos bañados en lágrimas ; tanta es su confusión al considerar sus pecados y la santidad de Dios, delante del cual se considera tan indigno de comparecer, que ni se atreve a mirar el altar. Con el corazón lleno de amargura, exclama : « ¡ Dios mío, dignaos tener piedad de mí, pues soy un gran pecador ! » (1). Esta humildad movió de tal manera el corazón de Dios, que, no

(1) Deus, propitius esto mihi peccatori. (Luc., XVIII, 13).

solamente le perdonó sus pecados, sino que le alabó públicamente diciendo que aquel publicano, aunque pecador, le había sido más agradable por su humildad que no el fariseo con la aparatosa ostentación de sus buenas obras : «Pues os digo, afirma Jesucristo, que aquel publicano regresó a su casa libre de pecado, mientras que el fariseo regresó más culpable que antes de entrar en el templo. De donde deduzco que quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado». Hasta aquí hemos visto, H. M., en qué consiste el orgullo, cuán horrible sea este vicio, cuánto ofende a Dios y cuán duramente lo castiga el Señor. Vamos a ver ahora lo que sea su virtud contraria, a saber, la humildad.

III. — Si «el orgullo es la fuente de toda clase de vicios» (1), podemos también afirmar que la humildad es la fuente y el fundamento de toda clase de virtudes (2) ; es la puerta por la cual pasan las gracias que Dios nos otorga ; ella es la que sazona todos nuestros actos, comunicándoles tanto valor, y haciendo que resulten tan agradables a Dios ; finalmente, ella nos constituye dueños del corazón de Dios, hasta hacer de Él, por decirlo así, nuestro servidor ; pues nunca ha podido Dios resistir a un corazón humilde (3).—Pero, me diréis, ¿en qué consiste esa humildad, que tantas gracias nos merece? —Helo aquí, amigo mío. Escúchame : has podido conocer ya si realmente estabas dominado por el orgullo, y ahora vas a ver si tienes la dicha de poseer esta tan rara como hermosa virtud ; si la posees en toda su integridad, tienes segura la gloria del cielo. La humildad, nos dice San Bernardo, es una virtud que nos hace conocer a nosotros mismos, y nos

(1) *Initium omnis peccati est superbia* (Eccli, X, 15).

(2) *Gloriam praecedat humilitas* (Prov., XV, 33).

(3) *Humilibus autem (Deus) dat gratiam* (I Petr., V, 5).

inclina a concebir un constante desprecio de cuanto procede de nuestra persona. La humildad es una antorcha que presenta a la luz del día nuestras imperfecciones; no consiste, pues, en palabras ni en obras, sino en el conocimiento de sí mismo, gracias al cual descubrimos en nuestro ser un cúmulo de defectos que el orgullo nos ocultara hasta el presente. Y digo que esta virtud nos es absolutamente necesaria para ir al cielo; oíd, si no, lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. En verdad os digo que, si no os convertís, si no apartáis esos sentimientos de orgullo y de ambición, tan naturales al hombre, nunca llegaréis al cielo» (1). «Sí, nos dice el Sabio, la humildad todo lo alcanza» (2). ¿Queréis alcanzar el perdón de los pecados? Presentaos ante vuestro Dios en la persona de sus ministros, y allí, llenos de confusión, considerándoos indignos de obtener el perdón que imploráis, podéis tener la seguridad de alcanzar misericordia. ¿Sois tentados? Corred a humillaros, reconociendo que por vuestra parte no podéis hacer más que perderos: y tened por cierto que os veréis libres de la tentación. ¡Oh, hermosa virtud, cuán agradables son a Dios las almas que te poseen! El mismo Jesucristo no pudo darnos más hermosa idea de sus méritos que manifestándonos que había querido tomar «la forma de esclavo» (3), la más vil condición a que puede llegar un hombre. ¿Qué es lo que tan agradable hizo a la Santísima Virgen ante los ojos de Dios sino la humildad y el desprecio de sí misma?

Leemos en la historia (4) que San Antonio tuvo una visión en la que Dios le presentó el mundo cubier-

(1) Matth., XVIII, 3.

(2) Ps. CI, 18.

(3) Philip., II, 7.

(4) *Vida de los Padres del desierto*, I, p. 52.